

on los ojos
del festin
e en pobre
angrentada
pataz, ó el
trabajo sin
tuviera en
esas selvas
nuto siquie-
vida? ¿Qué
ventura en
la tierra?
andes senti-
etrable; de
amor levan-
fácilmente,

santos dibu-
rficie oscura
en aquellos
de á la luz
mente desva-

rece ridículo
os imagina-
e las gentes,
locos.

ay alguno á
a ocupacion
su antojo,
con envidia,

ores, que de

ALLEJO.

estros lecto-
res de ense-
or Meseguer,
prespondien-
tilidad dá ya
s mismas. En
de la historia
d y utilidad
ra de que no
oteca pública
en adquirirla
ividida en 5

ARMENGOT



REVISTA DE CASTELLÓN

CIENTÍFICO-LITERARIA
AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL

DIRECTOR,
D. Eduardo Portales Segura

REDACTORES,
D. Enrique Segura. | D. José Fola Iguerbide.
D. Cayetano Huguet. | D. Fernando Gasset.
D. Bernardino Montiel. | D. Carlos Linás.
D. Enrique Secales.

—AÑO V.— Castellón 4 Octubre de 1885. —NÚM. 36.—

SUMARIO. SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: La ley del trabajo, por «P. M. P.»—El ciego por voluntad. (poesia) por «José Fola Iguerbide».—Lo que debe ser la mujer, por «Isidro Frias Fontanilles.»—La vida. (poesia) por «X.»—Rima, por «M. Gimeno La Jaca».—Ley contra la falsificacion de vinos, por «Roig Torres».—Notas é impresiones, por «Nomen».—Cubiertas y anuncios.

Seccion Científico-Literaria

LA LEY DEL TRABAJO

SIGLO de oro llamaron los antiguos á aquella edad en que se suponía que la tierra por sí sola daba abundantes frutos, y los hombres no tenían que trabajar cultivándola para fecundarla con el sudor de su frente. Epoca mitológica y poética, que no tiene otra realidad ni otra existencia que el sueño dorado del hombre cuando, falto de medios y lleno de contrariedades, ha tenido que luchar tenazmente contra la adversidad, que por todas partes parecía perseguirle, negándole los medios de subsistencia y bienestar; estado de felicidad que la imaginacion creaba como halagüeña aspiracion de un estado de cosas que, contraponiéndose á la amargura de lo presente, recordaba los paraísos terrenales de eterno florecimiento y de inagotable abundancia,

en oposicion á la aridez y esterilidad que por todas partes se veia rodeado por la multitud de miserias y contrariedades que de continuo le afligian, y época, en fin, que solo puede concebirse como creacion idealista de siglos de pobreza ó ignorancia, ó tambien como concepcion calenturienta de poetas soñadores.

Este concepto de la vida en el mundo que habitamos no tiene realidad alguna, y es además absurdo, si no se pone el trabajo como el factor y el medio indispensable para que el hombre pueda llenar las necesidades de su naturaleza. Si la sentencia del Eterno á nuestros primeros padres en el Paraíso: *Regarás la tierra con el sudor de tu frente*, fuese una maldicion, no seria el trabajo humano una perenne y abundante fuente de riqueza y el manantial más fecundo de nuestro bienestar en la tierra; seamos más religiosos, y en vez de considerar el mandato de Dios como un terrible anatema, veamos en él el origen y principio de nuestra felicidad, el dulce bálsamo que cicatriza nuestras heridas, la bebida que, si amarga al parecer, es el refri-

simas notas del sinzonte y luce el ruiseñor las metálicas tintas del colobrí. Y tan dichosa la miro en esa encantadora mansion, á solas con su amante, y viviendo únicamente para él, sin que el recuerdo de la tierra, ni el grito de las miserias humanas turben un punto su inefable ventura; que tiemblo al pensar que una mano posándose en su hombro, ó una palabra deslizándose en su oído, pueden arrojarla de esos jardines y castillos, única parte tal vez donde la felicidad es completa.

Decid, no obstante, al que con su mano ó su palabra deshace el encanto de la bella soñadora, que ha cometido una falta irreparable, que le ha robado lo que no puede devolverle, la ventura que gozaba, y, seguramente, si no os llama locos, os mirará por lo ménos con desdeñosa lástima.

Pero no os importa. Ese hombre es un hipócrita, y un gemido de angustia responde en el fondo de su alma á la sonrisa de desden que aparece en su lábio.

Ese hombre sério, filósofo, militar ó político, también ha hecho, tal vez hace ahora, castillos en el aire.

Filósofo, ha soñado que sus obras dábanle fama imperecedera; ha visto libros imaginarios, debidos á su pluma, arrebatados por un pueblo ansioso de conocerlos; ha mirado con orgullo á ese pueblo regenerado por la filosofía, y á ésta ensancharse al esfuerzo de su inteligencia poderosa.

Militar, ha contemplado moviéndose á su voz numerosas huestes en campos de batalla que jamás existieron; ha sentido silbar las halas, centellar los sables, chocar los escuadrones, y ha escuchado tras el fragor del combate, las entusiastas aclamaciones del triunfo político; ha visto á las naciones dóciles á sus mandatos, felices y ricas bajo su gobierno, ha pronunciado elocuentísimos discursos, y ha escuchado mil veces el popular aplauso; ha llenado el mundo con su nombre, y en soñadas ciudades ha visto arcos y estatuas levantadas á su gloria.

Todos esos hombres serios han soñado que eran filósofos, guerreros ó políticos, y aunque hoy les consideramos como tales, fueron acaso grandes únicamente cuando su cátedra, su campo de batalla ó su tribuna eran solo castillos en el aire.

Esos hombres no ignoran que, sin ese mundo construido en el aire, imposible ó mezquina sería la existencia aquí abajo. Y, en efecto, si el mendigo que devora con ansia el duro pan, adquirido á fuerza de

lágrimas y súplicas, no viera con los ojos de su alma preparada la mesa del festín allá en el aire; si el esclavo que en pobre choza, y pegada al suelo la ensangrentada espalda, espera que la voz del capataz, ó el látigo tal vez, le llamen á un trabajo sin remuneración y sin término, no tuviera en el aire un palacio, y no viera esas selvas donde es libre, ¿sufrirían un minuto siquiera la insostenible carga de la vida? ¿Qué extraño es, pues, que busque la ventura en el aire quien nunca la halló en la tierra? Preciso es, además, que los grandes sentimientos tengan un asilo impenetrable; de ahí esos aéreos castillos que el amor levanta, y que pueden ser destruidos fácilmente, pero nunca profanados.

Las místicas visiones de los santos dibujábanse en el aire, no en la superficie oscura de la tierra; tomaban su cuerpo en aquellos invisibles castillos, no aquí donde á la luz de una cerilla hubieranse fácilmente desvanecido.

Todo lo que en la tierra aparece ridículo es quizá sublime en esos espacios imaginarios, por los cuales, al decir de las gentes, vagan juntos los poetas y los locos.

Por eso cuando á mi lado hay alguno á quien veo entregado á la grata ocupación de crear en el aire castillos á su antojo; lejos de interrumpirle mírole con envidia, y me alejo exclamando:

¡Bienaventurados los soñadores, que de ellos es el reino de los aires!

JUAN VALLEJO.

Llamamos la atención de nuestros lectores, en especial de los profesores de enseñanza, hácia las obras del señor Meseguer, que anunciamos en el lugar correspondiente, sobre cuya importancia y utilidad da ya una idea el simple título de las mismas. En especial los *Cuadros sinópticos de la historia de España*, por su originalidad y utilidad práctica, constituyen una obra de que no debería carecer ninguna biblioteca pública ó particular. A los que deseen adquirirla poco á poco, se la facilitará dividida en 5 cuadernos de á 3 pesetas uno.

IMPRESIÓN Y LIBRERÍA DE JOSÉ ARMENGOT
Zapateros, 52 y 54



SUMARIO. SECCION CIENTIFICO-LITERARIA: La ley del trabajo, por «P. M. P.»—El ciego por voluntad, (poesia) por «José Fola Iguibide».—Lo que debe ser la mujer, por «Isidro Frias Fontanilles».—La vida. (poesia) por «X.»—Rima, por «M. Gimeno La-lace».—Ley contra la falsificacion de vinos, por «Roig Torres».—Notas é impresiones, por «Nomen».—Cubiertas y anuncios.

Seccion Científico-Literaria

LA LEY DEL TRABAJO

SIGLO de oro llamaron los antiguos á aquella edad en que se suponía que la tierra por sí sola daba abundantes frutos, y los hombres no tenían que trabajar cultivándola para fecundarla con el sudor de su frente. Epoca mitológica y poética, que no tiene otra realidad ni otra existencia que el sueño dorado del hombre cuando, falto de medios y lleno de contrariedades, ha tenido que luchar tenazmente contra la adversidad, que por todas partes parecía perseguirle, negándole los medios de subsistencia y bienestar; estado de felicidad que la imaginacion creaba como halagüeña aspiracion de un estado de cosas que, contraponiéndose á la amargura de lo presente, recordaba los paraísos terrenales de eterno florecimiento y de inagotable abundancia,

en oposicion á la aridez y esterilidad que por todas partes se veía rodeado por la multitud de miserias y contrariedades que de continuo le afligian, y época, en fin, que solo puede concebirse como creacion idealista de siglos de pobreza ó ignorancia, ó tambien como concepcion calenturienta de poetas soñadores.

Este concepto de la vida en el mundo que habitamos no tiene realidad alguna, y es además absurdo, si no se pone el trabajo como el factor y el medio indispensable para que el hombre pueda llenar las necesidades de su naturaleza. Si la sentencia del Eterno á nuestros primeros padres en el Paraíso: *Regarás la tierra con el sudor de tu frente*, fuese una maldicion, no seria el trabajo humano una perenne y abundante fuente de riqueza y el manantial más fecundo de nuestro bienestar en la tierra; seamos más religiosos, y en vez de considerar el mandato de Dios como un terrible anatema, veamos en él el origen y principio de nuestra felicidad, el dulce bálsamo que cicatriza nuestras heridas, la bebida que, si amarga al parecer, es el refri-

gerante de nuestras penas, lo que calma los ardores de la conciencia extragada por nuestras debilidades y caídas, y el tónico que nos regenera y redime, integrándonos en la plenitud de nuestro ser y poniéndonos, por virtud de la excelencia y mérito del trabajo, en condiciones de cumplir los altísimos fines y nobilísimos destinos que el Supremo Hacedor nos encomendara.

La idea que hoy tenemos del trabajo es mucho más religiosa y santa que el concepto que de él tuvieron otras edades y otros pueblos. El trabajo no es hoy lo que esclaviza, vilipendia y degrada al ser humano, como pensaron algunos filósofos y sociedades antiguas, sino que es, por el contrario, lo que le redime, lo que le exalta y le libera de toda clase de servidumbres y miserias. La vida no es para el hombre moderno el quietismo infecundo y el anadamiento estático del brahman de la India; no es tampoco el eterno festin concebido por la imaginación griega; no es el unitarismo centralizador y absorbente de la civilización romana, que quería someter á todos los pueblos y á todos los hombres á su férreo yugo político y á su autoritario derecho civil; ménos aun es el aislamiento y la división de la Edad media; por el contrario, la vida moderna tiene su base en la solidaridad del trabajo humano, en la comunidad de esfuerzos individuales que, reunidos, puedan luchar ventajosamente con la naturaleza, no para vencerla contrariándola, sino para mejorarla y hacerla útil para nuestras necesidades, fecunda y abundante para nosotros, empleando el sudor de nuestra frente como representación material del esfuerzo externo, y las angustias y anhelos del estudio, que fermenta la idea, en señal de nuestro esfuerzo espiritual; la idea, que es el misterioso germen que reproduce y procrea en perenne y eterna unión los grandes adelantos humanos, las heroicas victorias del progreso, los prodigiosos descubrimientos y las benéficas invenciones.

Que es lucha la vida del hombre sobre la tierra ya lo dijo Job hace muchísimos años: *militia est vita hominis super terram*; pero esta lucha, al contrario de las que los hombres entre sí mismos entablan, en vez de ser homicida y destructora, es vivificante y fecunda en alto grado; las armas para esta lucha son el trabajo y el esfuerzo del hombre en sus dos formas, material é intelectual, los brazos y la idea, y con ellas

ha conseguido y vá consiguiendo la conquista del planeta y el dominio y señorío de la naturaleza, sintetizados en esos grandes descubrimientos y prodigiosas invenciones científicas, manufactureras é industriales que van poco á poco reemplazando el esfuerzo mecánico y corporal por la vibración dinámica é inteligente del espíritu, emancipándonos de la servidumbre de la materia, mejorando las condiciones sociales y haciéndonos, en una palabra, más dueños de nuestras propias energías y de las de la naturaleza, que á pesar de ser éstas tan potentes y robustas, las domeñamos con facilidad, y en vez de ser estériles ó perjudiciales, como antes, las empleamos hoy sin violencia á satisfacer nuestras necesidades, aumentar nuestros medios de vida y producir multitud de comodidades y placeres.

Desde Prometeo, que robó el fuego celeste, hasta el descubrimiento y aplicación del vapor y de la electricidad á los usos y necesidades de la vida moderna; desde el empleo del pedernal en las armas defensivas y ofensivas de la guerra, en la caza y en los usos domésticos, hasta las armas de combate y los instrumentos, herramientas y máquinas de hierro y otros metales que sirven para la industria y diarias necesidades; desde la oscura cueva prehistórica, que fué la primitiva vivienda del hombre, hasta el suntuoso palacio y magnífico templo; desde el lenguaje monosilábico y pobre, y la escritura figurativa, hasta la riqueza de estilo, grandilocuencia de expresión y los maravillosos caracteres de imprenta, media una inconmensurable distancia, y supone todo ese prodigioso tránsito un trabajo incesante, una actividad incansable y un esfuerzo tenaz y continuo de la mente y de los brazos del hombre, que solamente por una reflexión detenida y profunda puede comprenderse y avalorar la importancia de esta eterna y progresiva labor; y siendo poca cosa para celebrarla dignamente los himnos de los poetas, correspondiendo mejor quizá á esta alabanza, ofrece el himno sublime y majestuoso de eterno entusiasmo que cada cual entona interiormente cuando admira y contempla todas estas grandezas y maravillas que el hombre ha realizado por su propio esfuerzo y por su incesante y rudo trabajo.

Los grandes guerreros y conquistadores del mundo no deben merecer para nosotros el respetuoso cariño y la eterna admiración

y alabanza que los obreros de la civilización, los héroes del trabajo y los mártires de la ciencia. Sesostris y Alejandro, son bien poca cosa comparados con Triptolemo, que enseñó el cultivo de la tierra; con Baco ó Dionisio, que trajo á Europa el de la vid, y con otros héroes que civilizaban el mundo descuajando las malezas de los campos y ahuyentando las fieras á lo más escondido de los bosques. Ni César ni Napoleon merecen tan gratas alabanzas como Guttenberg y Franklin, pues mientras los primeros han llenado de luto la superficie de la tierra, los segundos han luchado por la paz y el trabajo, por la felicidad y el bienestar de los hombres.

Ley del humano linaje es el trabajo y á esta ley debemos someternos gustosos, no solamente por la satisfacción y tranquilidad de conciencia del que cumple un deber sagrado é ineludible, sino tambien como pago de una deuda contraída con nuestros semejantes. Los que nos han precedido en el camino de la vida han trabajado sin descanso para vencer las dificultades y escollos que la realidad y la naturaleza presentaban, y cada generacion y cada siglo han facilitado y mejorado paulatinamente las condiciones de ella, y de la misma manera que aquellos que nos precedieron trabajaron y vencieron para nosotros, al hacerlo para sí, nosotros, por esta ley de solidaridad humana, debemos igualmente poner tambien nuestro esfuerzo y nuestra actividad en condiciones de que los que vengan despues puedan recogerlas y utilizarlas.

A esto deben principalmente dirigirse los esfuerzos de todos; y puesto que en nuestros dias hemos visto, puede decirse, transformarse las condiciones del trabajo por la aplicación de las leyes de la mecánica al mejoramiento del hombre, y su fuerza corporal sustituida por la máquina industrial ó agrícola, librándonos de este modo de la servidumbre y opresion de la materia, y dominándola por el esfuerzo inmaterial de la inteligencia que á esa máquina dirige, procuremos utilizar estos recursos apreciables que la ciencia nos ha proporcionado, convirtiendo á las fuerzas ciegas de la naturaleza misma en auxiliares conscientes nuestros, y á sus leyes fatales en instrumentos poderosos para que nos ayuden á la conquista y posesion de la realidad y nos proporcionen el mejoramiento de nuestra vida.

Hoy la industria y artes manufactureras han entrado de lleno y resueltamente en la

aplicacion y uso de las máquinas, convencidas de las inmensas ventajas que su empleo reportan, y aquí mismo en nuestra patria hay multitud de ellos pregonando elocuentemente, con la pingüe economía de la mano de obra y la baratura de sus productos, esta positiva ventaja y útiles resultados. No sucede lo mismo, por desgracia nuestra, con las máquinas agrícolas, debido en verdad á muchas y complejas causas; no siendo las de menos trascendencia la pobreza é ignorancia de la mayoría de nuestros colonos, el apego á lo antiguo y la rutinaria indolencia de nuestros agricultores; las trabas y obstáculos que en nuestro pais se suelen poner á toda innovacion y á todo progreso industrial y productivo, ya por la malevolencia, desden y despreciativo juicio con que se les mira por los que creen, en su supina ignorancia, que nada hay mejor que lo que vieron hacer á sus antepasados, ya tambien porque debiendo ser alentada y protegida esta innovacion beneficiosa con ciertas inmunidades en la primera época de su desarrollo, suele el Estado cargar, por el contrario, sobre ella todo el peso del Fisco, ahogándola así al nacer, y antes que tenga robustez y fuerzas para soportar las cargas públicas.

Hé aquí, pues, la gran mision que hoy tienen que realizar y cumplir en España los que quieran verla ocupar el puesto que merece, por la importancia de su produccion agrícola: disipar las oscuras nubes de la ignorancia, y arrancar de raiz los resabios de la estéril rutina con ejemplos prácticos y tangibles de lo beneficioso y económico que es el uso y aplicacion de las máquinas agrícolas, por que esta ignorancia es, sin disputa, el enemigo más encastillado y soberbio de nuestro progreso y mejoramiento agrícola, y la rutina, su inseparable compañera, la causa eficiente de la infecundidad y pobreza de nuestros campos; pues la indolencia, que en nosotros se tiene por inveterada, cedería bien pronto en vista de los buenos resultados obtenidos, y el interés individual, por la segura ganancia, vencería todas las resistencias de la pereza. Mientras los agricultores no se convenzan de que no hay que esperar en absoluto de las excelentes condiciones de la tierra y del clima el producto y rendimiento de nuestros campos, sino que para conseguirlo plenamente es necesario de todo punto aplicar el trabajo de los brazos y los esfuerzos de la inteligencia, haciéndolo precisamente por el camino más fácil, que es la aplicacion á las faenas agrícolas de la

maquinaria moderna, los adelantos técnicos y las prescripciones científicas, ni nuestra agricultura nos sacará de pobres, ni podremos competir con otras naciones que aunque de peor suelo y cielo nos aventajan, sin embargo, en la producción y riqueza de la tierra.

P. M. P.

EL CIEGO POR VOLUNTAD

Con esa voz del que ruega
Triste espíritu sin calma;
Voz que arrancando del alma
Al fondo del alma llega;

Un ciego á Dios le pedia
Descorriese los cerrojos
De la cárcel que sus ojos
En negra prision tenia.

¡Nacer ya ciego! .. ¡Nacer
Envuelto en negro capuz!
¡No ver ¡ay! nunca la luz
Que es la fuente del placer!...

Para todos la mañana
Tiene alhagos y primores,
Tiene encantos seductores
Y risueña se engalana.

Caricias de blando fuego,
Besos de ardiente arrebol
Para todos tiene el sol...
¡Ménos para el pobre ciego!...

Al ser la noche llegada
Abre el cielo sus cristales
Pudiendo ver los mortales
El fondo de su morada.

Solo el ser desventurado
Cuyas pupilas no ven,
No puede gozar el bien
Que ofrece un cielo estrellado.

Pero Dios, oyendo el ruego
Que con tal fé se le hacia,
Obró un milagro, y un día
Vió la luz el pobre ciego.

Pintar su dicha... ¡Imposible!
Se resiste á mi pincel...
Solo el corazon, solo él
Penetra en lo indefinible.

—¡Oh! dijo. ¡Cuánta hermosura,
Mundo dichoso, atesoras!

¡Suspende, oh tiempo, tus horas,
Dá más tregua á mi ventura!

¿Será aquél el firmamento?
¿Serán las flores aquéllas?
En verdad que ménos bellas
Las hizo mi pensamiento.

¡Luz, colores, alegría,
Hermosa revelacion.
Profeta es el corazon;
Cierto lo que presentía!...

¡Pobre ciego!... De afan lleno
Por cambio tan repentino,
A su futuro destino
Se encontraba bien ageno.

¡Ay! que la vibora hizo
Entre flores escondida
De la rosa su guarida
Y un veneno de su hechizo.

¡Que hasta el lago más sereno
Que un limpio cristal semeja
Y al albo cielo refleja,
Un fondo tiene de cieno!

No tardó en ver que tenia,
A la sierpe semejante,
En humilde semblante
Su rosal la hipocresía.

Vió á Cupido prisionero
Resignado con sus penas,
Porque doró sus cadenas
El oro, su carcelero.

¡Necio quien por ver delira
Y está ciego!... Dijo hurao,
Porque hasta la luz va en daño
Del que ódia la mentira.

Y entre penas y sonrojos
Llena su alma de afliccion,
Por no ver, con un tizon
Al fin se abrasó los ojos.

José Sola Iguabide.

LO QUE DEBE SER LA MUJER

La mujer ha nacido para amar; el amor es su distintivo, el móvil de sus acciones, el despertador de sus virtudes, el estímulo de sus grandes hechos.

DOCTOR ALONSO RUBIO.

Vamos á ocuparnos hoy de *lo que debe ser la hermosa mitad del género humano.*
No faltará tal vez quien diga, que debe-

ríamos haber escrito antes un artículo en el cual presentáramos á la mujer tal cual es en nuestros días; pero como todo el mundo lo sabe, pues quien no tiene una amante, ó una esposa, bien puede conocer á la mujer en su madre, de ahí que nos creamos dispensados de este trabajo. Sin embargo, no estará de más consignar que, aun prescindiendo de la mujer esclava, (que hay esclavas y no pocas en el mundo), la mujer no ha alcanzado todavía la plenitud de su natural dignidad.

En el orden social, el hombre que alega, como el mayor de sus títulos, el ser hijo de una mujer honrada, todavía persigue la virtud de la doncella, para encontrar luego una casta esposa; olvidándose, por lo tanto, en todos los actos y manifestaciones de su vida, de aquellas palabras de San Pablo á los Gálatas: «Para Jesucristo no hay distincion entre el señor y el esclavo, *entre el hombre y la mujer.*»

En el orden político, se dá el extraño y contradictorio caso de que la mujer no puede ser electora ni elegible, pero puede ser nada ménos que el Jefe supremo del Estado. No sirve para concejal ni diputado, pero sirve para lo que es más que todo esto, pues que se la reconoce con aptitud para reinar.

Y en el orden religioso, la mujer que ha llegado á ser madre de Dios y que puede alcanzar los honores de la santidad, no puede aspirar al sacerdocio ni esperar el puesto de un oscuro sacristan.

No se nos oculta que para todo esto hay sus razones; pero, si de razones nos pagamos, sus razones tendrían también los hombres de los tiempos ya pasados para creerse en el derecho de ofrecer en holocausto la virginidad de las hermosas; de encerrarlas como esclavas; de amarrarlas como fieras; de uncirlas con los asnos; de venderlas y comprarlas como una vil cosa y de disponer de su vida como se dispone de la de un perro.

Sus razones tuvo el hombre para obrar así y sus razones tiene, en efecto, para seguir obrando con ella conforme obra; pero á decir toda la verdad y á ser sinceros, hemos de declarar ingénuamente, que no es más que la razon de la sin razon aquella en virtud de la cual el hombre se queda la libertad, los goces, los derechos, la autoridad, las luces de la ciencia y la educacion para sí, dejando la esclavitud, los dolores; los deberes, la obediencia, las tinieblas y la ignorancia para la mujer.

¡Pues qué! ¿El hombre y la mujer no son

acaso una misma carne, una misma materia orgánica, aunque con el sello propio de cada individualidad y con las diferencias peculiares del sexo respectivo? ¿No son dos mitades de un sér colectivo que no pueden cumplir su destino sino juntas, ni vivir sino en la más perfecta union, ni hacer su ventura y labrar su posible felicidad, sino á condicion de armonizar sus afectos, sus ideas, sus aspiraciones y sus obras?

Nosotros no somos de aquellos que creen, sin embargo, que la mujer sea un hombre de sexo femenino. Conocemos la última palabra de la ciencia respecto á este particular.

En efecto, se inicia la oposicion de los sexos con el desenvolvimiento del organismo y el proceso de las edades, marcándose un gran desarrollo del sistema sanguíneo y de las formas curvas y redondeadas en el cuerpo de la mujer, así como una general preponderancia de la sensibilidad; todo lo cual hace que, sintéticamente, pueda ser considerada la mujer, como representante principal de la vida efectiva y del elemento conservador y contemplador, mientras que el hombre puede serlo de la vida intelectual y del elemento progresivo y reformador. Y constriñendo más aun la expresion sintética, diremos, que, si la esfera de accion propia de la mujer es la vida privada, la esfera de accion propia del hombre es la vida pública; de todo lo cual podemos concluir: primero, que por grandes y variados que resulten los contrastes entre los individuos de sexo opuesto, hay entrambos un atractivo manifiesto, en lo que solemos llamar *amor*, y segundo, que si el contraste entre el varon y la mujer es un hecho, la educacion debe ser adecuada á este mismo contraste, pudiendo sostenerse por lo mismo, que, lejos de repetir en la mujer, en igual sentido y direccion, la educacion dada al hombre, lo que hay que procurar es que la mujer se instruya y eduque adecuadamente á su modo ser y á la especialidad de su mision en la vida; mision que, aunque parezca modesta, en realidad es más sublime que el brillo aparatoso de la vida pública! El mismo Proudhon, con ser tan radical y revolucionario como es, protesta contra los que pretenden dar á la mujer una educacion igual al hombre. (1)

Meditando, pues, sobre todo cuanto dejamos apuntado, hay que convenir en que la mujer, aunque no sea igual al hombre, en el sentido de ser otro hombre, es un ser

(1) «De la Justice dans la Revolution et dans l'Eglise.»

MUJER

lo para amar; el
vo, el móvil de
pertador de sus
de sus grandes

onso RUBIO.

o que debe ser
mano.

ga, que debe-

tan racional como el hombre y tan necesario como él para la sociedad. De modo, que, si consideramos á los dos sexos, como individuos por naturaleza sociales, tan incompleto resulta ser el hombre sin la mujer como la mujer sin el hombre. Lo completo de la union de ambos sexos se efectua mediante el amor.

Mirad lo que sucede. En aquella risueña edad, en que la vida se nos presenta como una hermosa mañana de Mayo, obsérvase en el hombre un fenómeno interno que cambia por completo su destino. Es que un ángel de luz ha penetrado en su cerebro, sacudiendo de sus alas el dorado polvo de la pasion, para llenar su pecho de amorosas chispas. No le basta un buen amigo ni su cariñosa madre; quiere una afeccion más íntima y más exclusiva, busca la otra mitad de su sér, para concertar todas sus afecciones. Ayer su voluntad era inquebrantable como un mónstruo de granito, hoy no tiene voluntad propia, se mueve porque es movido, y á efecto de cierto heroismo que vá creciendo al lado del amor, no estima en más su vida sino en lo que pueda ser estimada por el sér á la cual la consagra.

Pero no está aquí todo el gran misterio del amor. El jóven que siente bullir en su mente una imágen que acaricia, y que siente latir su corazon con inusitada fuerza, nada dice, nada revela: como si Dios le hubiera encargado el secreto, permanece en silencio; pero este mismo silencio, acompañado de cierto respeto, sumision y adoracion tímida, constituye un lenguaje universal, que, aunque jamás aprendido, la inocencia de la jóven á quien ama, lo entiende fácilmente, lo mismo bajo los rayos abrasadores del trópico, que bajo los helados polos. Y sabeis por qué? Porque es el amor una ley general de la naturaleza.

Por esto resulta muy verdadera la siguiente máxima de Michelet: «*La comunión del amor* es el más dulce de los misterios de Dios y el más inmenso, y su profundo resplandor nos muestra momentáneamente el infinito.» Para probar que es una ley general que nadie puede eludir, Don Severo Catalina se vale de la siguiente agudeza: «Es fijo dice: las mujeres que más blasonan de invulnerables á los tiros del amor, se parecen á los niños, que cuando andan solos y de noche, cantan de miedo.» Y para formarnos idea de su hermosura, Víctor Hugo escribió, entre otros,

los dos siguientes pensamientos.» «El amor verdadero es luminoso como la aurora y silencioso como la tumba.» «El amor es un secreto sublime, por cuya virtud dos son uno; el hombre y la mujer se funden en un ángel y el cielo aparece.»

La mujer debe compartir con el hombre el imperio del mundo; el medio para ascender del estado de esclava á la consideracion de reina, es el amor. Descuret nos dice que el amor es en la mujer una necesidad del corazon. Pero hablemos con alguna claridad: ¿qué es el amor?

Muchas, muchísimas definiciones se han dado del amor, bien que á la verdad, en ninguna hemos visto el todo comprensivo de ese concepto. No obstante, para entendernos con nuestros lectores, bastará decir, que nosotros distinguimos el amor carnal, fugaz y egoísta, que termina con el propio hastío que él mismo causa; del amor verdadero, que, matando, como dice Michelet, todas las demás pasiones, aparece en el espíritu con un deseo de atraer y de reinar, y en el cuerpo con un anhelo oculto y delicado de poseer con cierta exclusiva generosidad y tanto más seguro y perfecto cuanto más sostenido. La siguiente redondilla de D. Miguel de Cervantes Saavedra, sintetiza perfectamente nuestra distincion:

El amor es infinito
si se funda en ser honesto;
y aquel que se acaba presto
no es amor, es apetito.

Las mujeres que, no entendiendo el gran misterio del amor, creen que el cetro de su reinado está en la hermosura de su cuerpo, se parecen á aquellos niños, que impulsados por su comezon de jugar, se enamoran de la llama, y no contentos con mirarla por todos lados, se atreven á tocarla con sus propias manos, no parando hasta extinguirla, y produciéndose una quemadura, que, despues del gran dolor, les deja una cicatriz que nunca han de ver borrada.

La mujer que piensa reinar con los atractivos de su cuerpo, penetra, sin pensarlo, en la más repugnante abyeccion; por las falsas puertas del envanecimiento. Pues qué! ¿ignoramos acaso que el cuerpo más hermoso es flor de una sola aurora? ¿Tan corto ha de ser el reinado de la mujer en el corazon del hombre? Ah! leed la siguiente anécdota de la *Revista Británica* (1).

Un oficial francés, llamado Seve. que se

(1) Diciembre de 1826, núm. 19, pág. 321.

hizo famoso en Oriente bajo el nombre de Solima-Bey, obligado, cuando la caída de Napoleon I, á retirarse, ofreció sus servicios al bajá de Egipto, el cual, acogiéndole por sus talentos militares, lo protegió extremadamente. En 1826, Seve desplegó en Esneh el lujo de un sátrapa, poblando su serrallo con las más bellas esclavas griegas y egipcias; pero dice el autor de la relación, que en medio de todos sus deleites, su corazón estaba vacío y suspiraba por una compañera digna de él. «Enviadme, escribía, una francesa, una inglesa, una italiana, la que queráis; os prometo que me casaré con ella, despachando esta multitud de criaturas sin alma y sin pensamiento.» Después, añadía con una apasionada ternura: «Para ser feliz, únicamente me falta una amiga verdadera, cuyo entendimiento, cuyo corazón llenaría de encantos mi soledad; un tesoro de esta clase me haría gozar de todos los demás.»

Comparemos el hastío de un hombre, que ya siente asco en medio de tanta hermosura, con la escena á que dá lugar el amor verdadero.

Contemplad á dos verdaderos amantes como arrebatados por los mismos transportes, sin otro pensamiento que el de enamorarse, sin más ambición que la de poseerse y sin otro anhelo que el de vivir y morir juntos.

¿No advertís que son como las dos mitades de un solo sér? No los perdais de vista. Porque saben amarse, los dos son fuertes, los dos son justos, los dos son castos, los dos son héroes; pues el mismo mútuo sacrificio se hace para ellos un placer incalificable. Se ha dicho ya: el alma de los verdaderos amantes es como un santo templo en que el incienso quema incesantemente; en donde todas las voces hablan de Dios, y en donde todas las esperanzas son de inmortalidad. No lo dudeis: el templo del verdadero amor tiene por cúpula el arca santa de todas las grandes virtudes.

En suma, la mujer es un sér tan racional como el hombre; pero se distingue accidentalmente de él por las características del sexo. Tiene igual derecho que el hombre á la instrucción y á la educación, por más que una y otra deban ser adecuadas á las diferencias que, aunque accidentales, le distinguen del varón.

La naturaleza ha hecho de ella la hermosa mitad del linaje humano; más, para que pueda compartir con su compañero el

imperio del mundo, Dios le ha confiado el gran secreto del amor.

Aprended á bien amar y reinareis en el corazón del hombre, y desde él sobre el universo.

Santa Teresa de Jesús ha dicho que Satan no sería Satan si fuera capaz de amar.

Jesús dijo á la Magdalena: ¡Mucho se te ha de perdonar porque has amado mucho!

ISIDRO FRIAS FONTANILLES.

LA VIDA

¿Qué es la vida transitoria?
quimera, ilusión no más:
es una hermosa mentira
que forjó la vanidad.

Es una luz que se apaga
cuando comienza á brillar:
un sueño que aquí principia
y acaba en la eternidad.

Es el aliento que exhala
un insecto al respirar;
un leve instante en la historia
de la pobre humanidad.

Es la gota de rocío
comparada con el mar:
Es el eco que se pierde
rodando en la inmensidad.

Eso es la vida, que pasa
cual un meteoro fugaz:
quimera, ilusión, mentira!
¡y nada más!

X.

RIMA

Como buscan las aves su nido
De pajas y pluma,
Cuando tiende su manto la noche
Callada y oscura;

Como buscan los sauces el río
Que triste murmura
Deslizándose al mar en ondinas
De plata y espuma;

Como busca en el campo las flores
La brisa nocturna;

Como busca el imán al acero
Y al fin á él se junta,

Así buscan mis ojos los tuyos,
Gentil criatura,
Por gozar, al mirarlos, un mundo
De amor y ventura.

Dr. Simón Laplace.

LEY CONTRA LA FALSIFICACION DE VINOS

Italia, con ese espíritu laudable de proteger su naciente y ya tan desarrollado comercio de vinos, procura por cuantos medios están á su alcance conservar el crédito de sus caldos, dificultando cuanto es posible las falsificaciones y adulteraciones; y al efecto el ministro de Agricultura de aquel país ha presentado á la sancion de la Cámara el adjunto proyecto de ley, llamado á exterminar el comercio de mala fé.

Hé aquí los artículos de que consta:

1.º Hay falsificación ó sofisticación desde el momento en que se añade á los vinos una sustancia cualquiera que no sea idéntica á las que contiene naturalmente aquel caldo. También la hay cuando se añaden sustancias idénticas en cantidad que exceda, entre ciertos límites, á las proporciones en que se encuentran en el vino natural. El vino falsificado ó sofisticado de este modo, se considera como vino artificial.

2.º Los vinos artificiales, en el comercio, deberán ir acompañados de una declaración que indique, explícitamente y con mucha claridad, la naturaleza del producto; á falta de esta declaración, el vino se tendrá como natural.

3.º Decretos posteriores darán á conocer las sustancias, cuyo empleo impide el Gobierno en la fabricación de vinos, y las proporciones en las cuales pueden tolerarse ciertas sustancias.

4.º Las infracciones á los artículos 2.º y 3.º de la presente ley, serán castigadas con una multa de 50 á 500 pesetas, y el vino falsificado ó sofisticado se confiscará, sin perjuicio de aplicar contra los culpables el castigo previsto en el Código penal.

5.º El expendedor que se oponga á la venta de vino, á las autoridades ó á un particular que hubiera declarado querer hacer la adquisición para analizarlo ó que no quisiera facilitar las cantidades necesarias para

el análisis, será castigado con una multa de 100 pesetas.

Nos parecen bien los artículos de esta ley para reprimir la falsificación de vinos, pero encontramos faltar otro artículo, por el cual se obligará al falsificador á cerrar su establecimiento durante cierto tiempo, y á publicar su nombre en el periódico oficial y en el de la localidad. El pago de una multa de 500 pesetas, por ejemplo, puede ser menos temible algunas veces que las disposiciones antes citadas.

ROIG TORRES.

(La Reforma Agrícola.)

NOTAS É IMPRESIONES

Aunque te dediques á la ciencia ó las artes, aprende algun oficio mecánico.

* *

Sé dulce como la miel, claro como el agua, limpio y activo como el tiempo.

* *

No te batas nunca. Ni has de provocar ni has de hacer caso de la provocación. El duelo es siempre una locura; ni dá ni rehabilita reputaciones ni venga siquiera; es cuanto más, la satisfacción de un instinto de fiera.

* *

No descuides un solo día los ejercicios corporales; el paseo es tan necesario como la comida.

* *

No trasnoches y madruga. Esta es una ley higiénica muy antigua, que casi nunca observa el hombre de las ciudades.

* *

Difunde todo el bien que te sea posible. No haya ser necesitado que llame á tu puerta, que se vaya sin limosna y sin consuelo. Solo por egoísmo debiéramos ser caritativos, porque la práctica de la caridad nos proporciona el más dulce placer.

* *

No disputes nunca. Habla, explica y procure ser elocuente, pero no disputes nunca.

NOMEN.